

AYER

E D U A R D O O B E S O



para Ella

Dime, ¿lo has sentido alguna vez?

Un instante que se cierra como un puño,
tenso, puro, eterno, y ya no hay nada.

Es como una noche blanda y amable, de luna exacta,
deshabitada de horas y de gatos, los mendigos ausentes.

Ocurre a veces. De golpe.

Dime, ¿lo has sentido alguna vez?

Qué lejos todo, y tan cerca, sin embargo.

Estabas allí, entera, como llegada de otro tiempo
y una piel de blanco olvido te cubría apenas la piel.

¿Recuerdas? La piedra, el río despacioso
donde ya no hay, aunque tal vez hubo, remotos cocodrilos,
la sombra del obelisco inmenso y el cielo
como nunca antes lo habíamos visto
(como nunca después lo volveremos a ver).

Y ocurrió. Aunque es difícil decir qué ocurrió.

Son tan pequeñas e inútiles las palabras;

lo que puede decirse es tan sólo un puñado de aire
en el océano de lo que no tiene nombre.

Anochece sin desgarrar, gratamente, y yo dije: sí.

Quedó justificado el pasado, y el futuro, un instante, nada.

Luego, junto al río, hablamos largamente
y unos chicos que jugaban al fútbol asomaron sus cabezas
por encima del pretil, y al ver aquella locuacidad
rieron africanamente y exclamaron algo que no entendimos.

Al cabo de los días, regresamos en avión,
que es una extraña forma de quedarse,

y hubo meses, muchos, y hubo otras, algunas.

El pacto, todo hay que decirlo, se cumplió a rajatabla,
algo así como el triunfo de la sensata Razón
sobre el abrasivo Deseo, qué estupidez.

Ahora es abril, como entonces, y tengo frente a mí una fotografía
(sonríes limpiamente en la cubierta del barco

y hay unos niños al fondo, en la orilla,
con sus chilabas de encendidos colores)

y leo en el dorso unas palabras que escribiste cierta noche,
a modo de despedida, y que sin duda has olvidado.

Es curioso; ha pasado el tiempo y estás aquí
como si nunca te hubieras ido, y eres otra y la misma,

y yo, que ignoro mi lugar, mi destino,
soy tal vez otro, o tal vez el mismo.